

La Columna de Jorge

Por Jorge Abasolo Aravena

YO LOS CONOCI

A insistencia de un amigo, decidí escribir estas desparpadas letras, con nostálgicos sentimientos hacia quienes ya pasaron a mejor vida y a quienes tuve la dicha de entrevistar y conocer.

JULIO DURAN

Pudo haber sido un gran Presidente, porque la política la vivió "a concho". Intenseamente. A ultranza. Así como Arturo Alessandri Palma se trataba cuando no estaba en La Moneda, el hemisclio del Senado no era el mismo sin la fogosidad de sus discursos. Orador de fuste, sus palabras podían entusiasmar hasta al más imperturbable de los alcarigados. Un accidente político llamado "naranjazo" lo dejó fuera de la seria posibilidad de llegar a La Moneda, en 1964. Le conocí en Los Angeles, un día de 1988. Conservaba las agallas de siempre y a ratos brotaba la enjundia de una oratoria que no daba ni podía tregua. Me señaló y me habló de las andanzas del Obispo Tomás González (el de Punta Arenas), en una que estaba persuadido de que la redención de Chile pasaba por una plaza de peaje llamada Marxismo. Asími-

ló espartanamente que la intriga es algo así como la Dama de Compañía de la Política. Durán pudo haber sido Prestiditeo, aunque siempre miró con recelo el tibio apoyo de liberales en el Frente Democrático, que lideró ese toruoso año 64.

De niño, fue el político que más me marcó. Su facilidad de expresión atravesaba los muros de la pasión; nombraba lugares y situaciones comunes; denunciaba planes; ejemplificaba con cifras al alcance de un niño y escarnecía políticas cuando no desahucaba contubernios.

En sus discursos, más que la alusión del pesimismo, que la había, más que la síntesis de potados o sesudos estadíos, más que la racionalidad académica, predominaba la fuerza y el sentimentalismo. Si Durán era orador por antonomasia. Y gracias como ninguno. Era -como dijo Radomiro Tomić- el orador por excelencia, capaz de exhortar a un acón de las bondades del catolicismo.

Radical, majón y hombre, como ironizaba él mismo, demostró hombridad, al decir de Unamuno. Y tuvo el agrado de conocerlo, entrevistar y admirarlo.

JORGE DAHM

Fue un sociómbulo impensante. Le frecuenté varias veces en el Teatro Municipal, donde se sentía como judío en el mercado de capitales. Su vasta cultura no sabía de falsas posturas, actitudes postizas o pedantería afijante. Hasta insistía en torno a los pseudo-intelectuales que pululaban en torno al ajetreo propio de nuestro anficastro cultural. Recuerdo que me habló de lo injusto de la vida, de lo arbitrario de la existencia: "Una araucaria vive perfectamente 600 ó 700 años. En cambio uno ya está medio jodido a los 70" Amigo de von Karajan y Plácido Domingo, entre muchos otros, detestaba la música rock, era sonajero disonante de tarros, estridente y que dado pueda lograr la paz del espíritu. Supo lo que era ganar dinero... y lo que era no contar ni con un peso. En ambos casos, no dejó de ser el mismo, pues su mesa estuvo eternamente rodeada de buenos concertinos y mejores diálogos. Excelente conversador, oírlo era aprender gratis e intensamente. Lo recuerdo con cariño y nostalgia. Le presenté a mi inseparable Lestie, de aquellos años y la saludé con un relámpago de amistad espontánea: ¡Hola, polola!

Resaba optimismo y cultura a randales.

Dahm demostró a este país que se puede jugar, beber, entretener y pensar con profundidad. Sin alardes de vanidad.

La supina ignorancia de nuestra juventud le desconcentra el ánimo: "¿Usted pregunta por Beethoven y los jóvenes creen que se trata de un caballo de carrera?"

Ya lo dije. Dahm demostró que la práctica de las excelencias virtudes antinómicas o licenciatas no necesariamente entrocen con la conducta presentuosa. El arte fue su apostolado. "Roccapumpa" debe hoy justificadamente sentirse muy solo...

BRAULIO ARENAS

Fue amigo de Vicente Huidobro, lo que ya es una buena carta de presenta-



Braulio Arenas: Que me haya encontrado "dedos para el piano, continúa y un halago que llevaré hasta el final de mis días.



ción. Le abordé en su casa, luego de haber recibido el Premio Nacional de Literatura, en 1984.

Fra un gigante con alma de niño, este sorrense. Le era y no lo disimulaba. Más bien lo asumía con orgullo. Como cuando me contó que le fascinaba tomar bebidas, helados y comer pasteles.

De costumbres espartanas, nunca intentó de nada y jamás hizo alarde de sus virtudes literarias. Le inhibía preguntar el precio de algún libro que no estaba seguro de comprar. Jamás se "tragó" a Neruda y fue amigo de Huidobro. Amigo de veras, pues no esgrimió el batallón de los que presumían de la amistad del poeta francés nacido en Chile.

En 1935, a los 22 años conoció al vate de Cartagena, y de allí iniciaron juntos la revolución de las letras. Sin duda, fue la influencia con este avanzado poeta chileno lo que le llevó a fundar hacia 1938, junto a otros autores nacionales el grupo MANDRAGONA, cuyo nombre aranca de una planta usada en la antigüedad por sus efectos narcóticos y propiedades mágicas. "Mandrágona" nació con la poesía totem y formal de la época, dando plena expresión al surrealismo. Para ello contaron con la complacencia y aval del afamado poeta francés André Breton. Esto, lo parapetó en la vanguardia política nacional de las décadas del 30 y del 40. Su mundo fueron las letras y ellas le hicieron apartarse del mundanal ruido y engolfarse -acaso demasiado- en el microclima propio de los escritores. Recuerdo que al término de mi entrevista con Arenas, me preguntó por mi grabadora. Inusual, por cierto. Le había sorprendido que una maquinilla tan pequeña fuese capaz de registrar voces y conversaciones. Me pidió que le apuntara alguna dirección para poder adquirir una. Le serviría para pensar en voz alta y registrar muchas de sus ideas, que más tarde convertiría en poemas, novelas, relatos o escritos teatrales. Fue un nostálgico confeso. Vivió sumido en la evocación de un tiempo ya ido. Para Braulio Arenas, ese tiempo era la niñez.

Se nos fue un día de mayo de 1988. Entonces yo hacía un programa radial en la ciudad de Laja e irradié la entrevista como postre homenaje al hombre que me había instado a escribir humor, porque decía que "tenía dedos para el piano". De los 50 minutos que estuve frente a él, en aquella apacible casa del sector de la avenida El Salvador, me quedó enquistada la frase que recibí como respuesta al inquirir sobre el defecto sayo que le parecía que la gente no toleraba. Me respondió como filósofo: "Es curioso. A veces las personas no sólo no nos toleran por nuestros defectos, sino que ni siquiera nos toleran por nuestras virtudes". Me pareció de haber compartido una entrevista... y unas cuantas onces con tan insigne poeta y escritor.

La columna de Jorge [artículo] Jorge Abasolo Aravena.

Libros y documentos

AUTORÍA

Abasolo Aravena, Jorge

FECHA DE PUBLICACIÓN

1995

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La columna de Jorge [artículo] Jorge Abasolo Aravena. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile